

EL PROCESO DE ENSEÑANZA-APRENDIZAJE DE LA LECTURA

María Rosa Solano Solano

Leer, eso se aprende en la escuela.

Amar la lectura...

Daniel Pennac

El ensayo define la lectura como interpretación del pensamiento escrito y como acto importante para lograr la integración plena del individuo al contexto sociocultural; señala la utilidad de la lectura y el enfoque más apto, para que leer resulte provechoso.

La segunda parte caracteriza el proceso de enseñanza-aprendizaje de la lectura, y recalca la necesidad de seleccionar material adecuado, estímulo del pensamiento del educando. Indica que el desarrollo de experiencias docentes para formar lectores debe considerar que leer es un acto intencional, una búsqueda de información, placer y esparcimiento; solo así la lectura facilita la evolución social y cultural del educando.

La tercera parte se refiere al desarrollo del proceso de enseñanza-aprendizaje de la lectura en Costa Rica: débiles esfuerzos significativos para promover la lectura, falta de enfoque específico en la comprensión lectora, descuido al evaluar la lectura, desarrollo impositivo, mecánico y superficial del proceso de enseñanza-aprendizaje, incapaz de despertar la criticidad, el ingenio y la creatividad. Plantea la necesidad de revisar los programas de Español, a fin de subsanar esta debilidad del sistema educativo.

Al no existir otras especies capaces de representar gráficamente su lenguaje verbal, es un privilegio de la comunicación humana cifrar mensajes por medio de la escritura y descifrarlos mediante la lectura. Este hecho genera en el ser humano la necesidad de dominar el código escrito, tanto para escribir como para convertirse en un hábil lector; así, la eficiencia del individuo como comunicador depende, en gran medida, de su desarrollo en la lecto-escritura.

La lectura puede definirse como la interpretación del pensamiento previamente consignado por escrito; gracias a ella, el individuo se integra plenamente a su contexto sociocultural. Conceptualizada así, la lectura constituye el primero y más útil instrumento de cultura, imprescindible para que el hablante enriquezca la imagen verbal con la imagen visual de la palabra escrita.

La utilidad de la lectura se fundamenta en el hecho de que ella satisface múltiples necesidades humanas: estudio, búsqueda de respuestas a preguntas específicas, interpretación de la visión de mundo o los objetivos de un autor, extracción de las ideas centrales de un escrito, seguimiento del acontecer circundante, selección y jerarquización de datos relativos a un tema o problema, juicio sobre la validez de una información determinada, búsqueda de evidencias para confirmar o contradecir un punto de vista, descubrimiento de conflictos por resolver, comunicación

de instrucciones, mera recreación o el estímulo, vivencia espiritual y conservación de las relaciones sociales.

Para que la lectura resulte provechosa, la persona debe ejercitarse en diversas situaciones tales como estudio, información y recreación; pero todas ellas demandan que el lector aprehenda el significado de lo leído, mientras, paralelamente, forma hábitos y desarrolla las destrezas positivas en las que apoyará su comprensión lectora.

La lectura exige un proceso de enseñanza-aprendizaje extenso y difícil, basado en el principio de que leer no constituye un ejercicio mecánico de expresión sino una forma de cultivar el intelecto (lectura informativa y de estudio), y enriquecer el espíritu (lectura recreativa); esto solo se logra si el proceso de enseñanza-aprendizaje se enfoca al estímulo de la aptitud de comprender a los escritores y sus escritos.

El interés del lector dirige su lectura. El docente, además de enseñarle al niño a leer, debe facilitarle experiencias de lectura que promuevan la formación de intereses y aficiones, a fin de crear en él la verdadera sed de lectura, la necesidad de leer lo que considera bello, útil o constructivo.

El proceso de enseñanza-aprendizaje es analítico y sintético; puesto que en el primer momento se impone analizar lo leído, partiendo de la percepción inicial, es decir, encaminándose hacia la síntesis de lo leído: integración de letras, palabras e ideas para crear el significado en la mente del lector.

En el proceso de enseñanza-aprendizaje de la lectura, las palabras constituyen estímulos sensoriales físicos (visuales o sonoros), capaces de evocar las ideas, los conceptos y los juicios de los que son portadoras. Consecuentemente, el docente sabe que la lectura se basa en el lenguaje y enseñarla demanda el desenvolvimiento del lenguaje oral, la selección de libros para ejercitar a los alumnos y la creación de variadas situaciones de lectura.

Es fundamental escoger el material adecuado para enseñar lectura. Los grafemas bien impresos y las ilustraciones adecuadas

estimulan el pensamiento. Por tanto, debe optarse por material que, además de transmitir significados expresos, portadores de una visión de mundo actual, accesible a la realidad del educando y pletórica de valores, sugieran la creación de nuevos significados, fruto de la mente y el ingenio del lector.

Si la lectura consistiera únicamente en deslizar la vista sobre las páginas, solo sería útil como ejercicio visual; no obstante, al leer, los ojos siempre van acompañados por el pensamiento, las actitudes y las habilidades del lector para recrear lo leído. Enseñar a leer eficazmente implica desarrollar experiencias educativas para que el lector en formación sea capaz de relacionar los pasos de este complejo proceso mental.

Para optimizar la lectura, debe tenerse en cuenta que leer es siempre una actividad intencional, cuyo dominio es imperioso tanto para acceder a la información como para alcanzar fuentes de placer y esparcimiento. No obstante, de imponerse ejercicios de lectura poco significativos, se generará en el educando la actitud negativa hacia el acto de leer. Esta realidad ha llevado a Daniel Pennac a afirmar que *'el verbo leer no tolera el imperativo. Es una aversión que comparte con algunos otros verbos: "amar"... "soñar"...*' (Pennac, 1992, p. 11).

El proceso de formación del lector debe ser gradual; una vez logrado el reconocimiento de letras, sílabas, palabras y grupos de palabras se le lanza al reto de leer oraciones, párrafos y escritos completos, pero aumentando la velocidad en la lectura. En este proceso, el docente debe considerar que la velocidad depende, en última instancia, del propósito de la lectura, pues se leerá más o menos rápido según se trate de lectura de estudio, lectura informativa o lectura recreativa encaminada a la reflexión. Debe recordarse que, como parte del proceso integral de enseñanza-aprendizaje, la lectura se basa en actitudes mentales complejas, las cuales involucran la situación de enseñanza-aprendizaje, el tipo de material, el objetivo del lector y la dificultad de la comprensión lectora.

Diversos factores influyen en el logro de los fines de la lectura, algunos son netamente de índole personal, como el grado de madurez y la edad del lector; otros ambientales, entre ellos, el contexto donde se practica la lectura y la contribución de los estímulos que facilitan la tarea de abstraer y meditar. Es evidente que la sociedad actual ve levantarse cada día una mayor cantidad de medios, como la televisión, los vídeos, los juegos electrónicos y las computadoras, los cuales parecen promover lo contrario, el abandono del acto de leer, pues representan retos novedosos y, al ser fuente de disfrute inmediato, resultan más atractivos para niños y jóvenes.

Promover en el niño el hábito de leer es entrenarlo en la verdadera gimnasia del pensamiento y crearle una de las más valiosas disciplinas culturales: encontrar la vida en los libros y, gracias a ella, comprender cada día mejor su entorno. Sin duda, lo ideal sería que todos los niños se iniciaran en este hábito antes de su primer contacto formal con la alfabetización, ejercitándose como receptores de lecturas de cuentos (lectura expresiva); en esto se basaba la antigua costumbre de ciertas clases sociales de leerle al niño por lo menos quince minutos diarios; no obstante, la saturación de trabajo de los padres y el estrés de la vida moderna han provocado que esa sana tradición se practique menos cada día, hasta el punto de que hoy la mayoría de las familias costarricenses dejan el primer contacto con la lectura enteramente bajo la responsabilidad del sistema educativo.

Cada lector desarrolla su proceso de enseñanza-aprendizaje de la lectura en forma paralela a su desenvolvimiento integral en las demás áreas. Sin embargo, la formación de hábitos lectores y el desarrollo gradual de la comprensión lectora se convierten en catalizadores del proceso global de enseñanza-aprendizaje, pues agilizan la percepción y abstracción de todas las disciplinas y áreas del conocimiento comprendidas en el proceso integral. De aquí se desprende la importancia de entrenar al individuo desde niño para que se convierta en un lector activo.

Ese proceso de entrenamiento será eficaz en la medida en que facilite la evolución social y cultural del niño. Inicialmente, será un lector poco ejercitado, capaz de deletrear y componer frases o palabras; luego, con el ejercicio sistemático, pasará a ser un lector fluctuante, con aptitud y comprensión lectoras limitadas; posteriormente, se transformará en un lector con capacidad de reaccionar ante lo leído y, finalmente, leerá sin tropiezos y de modo claro, aprehendiendo con exactitud lo leído y creando en su mente el significado del mensaje.

Para conocer el avance individual de los educandos en la lectura, el docente debe promover el análisis del lenguaje hablado y escrito. Esto implica el entrenamiento verbal y auditivo en cuanto a los elementos sonoros del lenguaje, de modo que el educando forme un bagaje propio; así, cada vez que aprenda algo nuevo mediante la lectura lo asociará con lo que ya sabe y, poco a poco, irá construyendo su lenguaje de lecto-escritura.

Este proceso debe desarrollarse ajustándose a la capacidad y madurez del educando. En la etapa inicial, es fundamental recurrir a la lectura en voz alta; debe considerarse que, como afirma Pennac, *"...el entendimiento del texto pasa por el sonido de las palabras, de donde brota todo su sentido."* (Pennac, 1992, p. 164). Asimismo, se debe prestar más atención a la mecánica de la actividad que a la comprensión lectora. Cuando ya el alumno lea fluidamente, es imperativo enfocar de modo específico la comprensión lectora.

El educando, a medida que avanza en el proceso de enseñanza-aprendizaje de la lectura, debe entrar en contacto con la literatura, pues esto le permitirá ampliar su visión del mundo e ir adquiriendo más vocabulario, puesto que, como indica Martín Alonso, *"la lengua literaria difundida crea una lengua común sin barreras, que frena en gran parte la presa de las evoluciones populares y posee virtud unificante y conservadora del idioma"* (Martín Alonso, 1973).

Lamentablemente, en Costa Rica hasta ahora el sistema educativo no ha logrado

dedicar esfuerzos significativos a la promoción de la lectura, capaces de formar el hábito, puesto que el proceso enseñanza-aprendizaje de la lecto-escritura es desarrollado, en el ciclo inicial, según se ha descrito: la educación preescolar crea situaciones de enseñanza-aprendizaje en torno a la lectura expresiva de relatos; en el primer ciclo, se entrena al niño en la lectura, con más énfasis en su mecánica que en la comprensión lectora y, una vez que “ha aprendido a leer” se le empiezan a aplicar comprobaciones que se limitan a “evaluar” si el alumno efectivamente leyó; sin embargo, a lo largo del proceso en los demás niveles del sistema se descuida bastante la evaluación de la comprensión lectora, lo cual constituye una grave deficiencia del sistema, pues mientras la comprensión lectora no se desarrolle, la lectura no le reportará al educando placer alguno, más bien le inspirará temor.

En consecuencia, al egresar de la escuela primaria los alumnos por lo general carecen del hábito de leer, pues hasta entonces los libros leídos —en casi todos los casos por imposición de los programas— no solo se cuentan con los dedos de una mano sino que no han logrado motivarlos, puesto que la lectura no ha sido fuente de vivencias importantes para el estudiante. Además, los docentes, en su mayoría, han dirigido el proceso de enseñanza-aprendizaje de la lecto-escritura de un modo tan mecánico y superficial, que no consigue explotar el material leído como estímulo para despertar la criticidad, el ingenio ni la creatividad del educando; han convertido las lecturas en experiencias áridas y estériles, incapaces de edificar en el educando nuevas categorías mentales enriquecedoras de su visión de mundo y ello ha impedido despertar la sed de leer para descubrir la vida en lo que leen.

En los ciclos segundo y tercero, el alumno es obligado a leer obras literarias; el programa de español incluye unas sesenta obras, distribuidas en todos niveles y seleccionadas por profesores universitarios, con base en cuatro criterios: el valor de la obra dentro de la evolución de los movimientos literarios;

su literariedad, es decir su valor artístico como representativas de un género; su autor reconocido dentro del panorama cultural de su tiempo; asimismo, que se trate de obras comprensibles para lectores adolescentes.

La experiencia con el programa vigente demuestra que esos criterios resultan insuficientes para garantizar una selección adecuada; puesto que parece faltar uno fundamental: que las obras escogidas sean amenas, de lectura agradable para jóvenes entre los trece y los diecisiete años, ya que la imposición pesa como tal cuando lo leído no le produce al lector absolutamente ningún placer, ni es capaz de espolear su motivación, curiosidad ni interés. El educando que lee a marchas forzadas se medio traga las páginas, contándolas y recontándolas para saber cuánto suplicio le queda y todos los análisis de textos extraídos de la obra leída le parecerán accesorios, áridos y tediosos; aparte de responder a un examen de comprobación de lectura, no sacará ningún otro provecho de su hazaña, prueba de ello es que, en el suplemento *Áncora* de *La Nación* del pasado 21 de mayo del 2000, al preguntarle a una estudiante de noveno año su opinión sobre las obras leídas, ella menciona únicamente el título de *La propia*, de Magón, pero no puede expresar ni una opinión superficial porque no se acuerda muy bien del relato, en vista de ya hace un mes que lo leyó.

Quienes diseñan el curriculum deben tener en cuenta que no basta que el libro escogido sea comprensible para los adolescentes; además, debe llegarles, tocar sus fibras más íntimas y producir en ellos una reacción; esta será positiva y los enriquecerá si la obra seleccionada puede insertarse, de alguna manera, en el contexto del alumno de modo significativo y si la lectura se toma como fuente de motivación o material de base para generar actividades interesantes de expresión oral o escrita relacionadas directamente con lo leído, que implique la oportunidad de que los alumnos mismos desarrollen verdaderas disertaciones acerca de lo leído, así como resúmenes y comentarios, pero mediante

experiencias de enseñanza-aprendizaje generadas por ellos, con estrategias novedosas, como serían, por ejemplo, entrevistas o juicios públicos a los personajes de una obra o, cuando se trate de un clásico complejo como *El Quijote*, la invención de un personaje, encarnado por el alumno mismo, un periodista que reporta a la clase, con detalles significativos, el desarrollo de cada episodio importante en la vida del hidalgo.

Si al estudiar una obra el docente se limita a preguntar detalles intrascendentes de la trama solo para saber si leyeron todo el libro o no –por ejemplo, cómo se llama el perro de *El moto-* la única reacción que generará es la aversión hacia la literatura; lo mismo sucederá si, al “evaluar” lectura y comentario de textos, el docente califica como excelentes solo aquellas respuestas que reproducen, casi literalmente, el punto de vista que él mismo expuso respecto de la obra en frente de sus educandos, o más grave aún, el docto criterio extraído del texto de clase, que a veces resulta ser un análisis complejo, de nivel universitario, incomprendible para quienes no dominen el metalenguaje propio del método de análisis que se encuentre en boga en las aulas universitarias, análisis que a veces ni siquiera se ha comentado en la clase.

Muchos de los sectores involucrados en el proceso de enseñanza-aprendizaje, empezando por las autoridades de Ministerio de Educación Pública, han manifestado su preocupación por el abandono de la lectura de obras literarias y la persecución de análisis y estudios autorizados sobre ellas, los cuales en muchos casos realmente han sustituido el contacto directo con las obras, pues el alumno recurre a ellos con la esperanza de entender y, sobre todo, con la intención de extraer, respecto de la obra, información respaldada por criterios de autoridad, que si él la repite al ser evaluado de seguro no lo meterá en problemas.

Algunos profesores ven en el programa mismo de español el principal obstáculo para enfocar de manera novedosa y viva el estudio de la literatura; alegan que el número

de lecciones de español resulta escaso, dado el exceso de contenidos y que para cubrir el programa, la clase no solo debe limitarse a leer y comentar lo incluido en él, sino a evaluar los contenidos como posteriormente lo harán las pruebas estandarizadas nacionales, puesto que según la experiencia estas pueden ganarse a base de la lectura y memorización de comentarios de las obras elaborados por especialistas. Así, ya no sorprende que el lector de tales análisis pueda incluso hablar de los libros sin haberlos leído.

El programa de español quizá debería fomentar, en los ciclos iniciales, una lectura fluida, que apelara a la parte emotiva de los lectores, con énfasis en el esparcimiento, la formación de hábitos lectores y el contacto directo con todos los géneros literarios; cada obra leída debería insertarse en el conocimiento de la biografía del autor y su época. Enmarcada en el estudio de los principios de teoría literaria, esta lectura podría orientarse hacia la descripción estructural de las obras (narrador, mundo narrado –personajes, espacios, acontecimientos), pero enfocada con base en actividades y estrategias didácticas novedosas, y sin pretender interpretar la obra a la luz de corrientes complejas de la psicología y la filosofía, las cuales aún no resultan accesibles para el educando y terminan por levantar un muro en su relación con la obra. De trazarse como meta un estudio literario de este tipo, el alumno no sentirá la lectura como un tedio y, una vez leída la obra, no solo será capaz de decir si le gustó o no, sino de fundamentar su respuesta de una manera adecuada para su nivel.

Ya en la educación diversificada, convendría estudiar las obras con mayor profundidad, siempre partiendo de la descripción estructural, pero trascendiendo hacia la interpretación y la interrelación con otras obras leídas, sin perder de vista la necesidad de programar actividades basadas en la lectura, que despierten la creatividad del educando.

Las consideraciones expuestas en los dos párrafos anteriores son fruto de la experiencia docente, pero pueden ser retomadas por especialistas en diseño curricular e investigación

educativa, quienes serán, a la larga, los encargados de proponer una salida y enderezar el rumbo de los programas, en ocasiones calificados como anacrónicos, a fin de subsanar esta seria debilidad del sistema educativo nacional.

De todos modos, es fundamental crear en los niños y los jóvenes una actitud positiva hacia la lectura; solo así los libros dejarán de ser considerados como la materialización del aburrimiento y volverán a ocupar el lugar que tradicionalmente les correspondía en la cultura occidental.

Como afirma Pennac, es cierto que la vida moderna ha erosionado el placer de leer; no obstante, si se logra revivir el deleite por la lectura, restituyéndole su papel de fuente de creatividad permanente, los lectores no solo empezarán a experimentar verdadero placer, sino que, como todo acto placentero querrán compartirlo, con lo cual la promoción de la lectura se transformará en un verdadero impulso social. Los padres de familia y los educadores deben emprender una cruzada para conseguir este cambio de actitudes y han de empezar por replantearse ellos mismos la condición a la que han relegado la lectura, pues unos y otros han transformado en carga un placer, desde el momento en que lo convierten

en deber; consecuentemente, han generado fuertes actos de resistencia; sin embargo, no es tarde para rescatar la lectura. Los esfuerzos por lograrlo valen la pena y, por muy grandes que sean son posibles, sobre todo en Costa Rica, donde el acto de leer, afortunadamente, dejó de ser elitista desde hace mucho tiempo, gracias al nivel de alfabetización alcanzado.

Si se consigue liberar los libros de esa aureola de imposición mortificadora, serán fuentes en las que los jóvenes lectores, como afirma Pennac, "*querrán zambullirse sin perder el tiempo en chapoteos friolentos...*".

Adelante, educadores y padres de familia, además de enseñar a leer, promovamos la lectura y estaremos incentivando la agilidad mental y el proceso permanente de creación.

Referencias bibliográficas

- Castro Alonso, C. *Didáctica de la lengua española*. Editorial Anaya, Madrid, 1969.
- Alonso, M. *Ciencia del lenguaje y arte del estilo*. Editorial Aguilar, Madrid, 1973.
- Pennac, D. *Como una novela*. Editorial Norma, Bogotá, 1992.